

verso y hasta mi imaginación, para dedicarme á sus zapatos nuevos para mañana.

BECKMESSER (rascando otra vez el laúd).—Deje usted eso, que es chanza; ya sabe usted cuánto le aprecio y cuánto le estima también el pueblo y la señorita Pogner. Como mañana pretendo aspirar al premio, quisiera me dijese su opinión, sobre mis canciones; óigalas usted tranquilo y dígame después qué le parecen para corregirme en algo.

(Vuelve á tocar el laúd de un modo discordante.)

SACHS.—Déjeme usted en paz; no merezco yo ese honor. Todas mis poesías son piezas callejeras; precisamente por eso las canto en la calle á compás de mi martillo. (Continúa cantando.) Traralá... • traralá...

BECKMESSER.—¡Maldito hombre! me hace perder el tino con esa gritería que huele á pez: cálese usted, que despierta á los vecinos.

SACHS.—¡Cá! Ya se han acostumbrado á ello, y nadie se fija. (Cantando.) ¡Oh, Eva! Eva! maliciosa mujer!

BECKMESSER (con furia).—Pícaro, bribón; te juro que esta ha de ser la última vez que te burles de mí; si no callas te arrepentirás. No eres más que un envidioso, aunque te las echas de sabio: otros hay con más talento que tú y esto te hace rabiar... ya te conozco íntimamente. Rabias porque no te hicieron juez. Pues bien; mientras viva Beckmesser, y cuelgue un solo verso de sus labios y sea considerado por los maestros, mientras florezca Nuremberg, juro á Dios que no serás juez, Hans Sachs. (Vuelve á tocar el laúd.)

SACHS (que le había escuchado atentamente).—¿Y esta era su canción?...

BECKMESSER.—Llévete el demonio.

SACHS.—Pocas reglas figuran en ella, pero la música es excelente.

BECKMESSER.—¿Quieres escucharme?

SACHS.—Por Dios, continúe usted cantando, mientras yo continuo batiendo las suelas.

BECKMESSER.—Pero... ¿quiere usted callarse?

SACHS.—Si usted canta, yo continuaré trabajando con más ahinco. (Sigue golpeando la horma.)

BECKMESSER.—¿Quiere usted acabar con sus malditos golpes?

SACHS.—¿Cómo podría, sin eso, ajustar bien las suelas?

BECKMESSER.—¡Cómo!... ¿Quiere usted golpear mientras yo canto?

SACHS.—Usted ha de obtener éxito con su canción, y yo con mis zapatos.

(Continúa dando martillazos.)

BECKMESSER.—Yo no quiero zapatos.

SACHS.—Eso lo dice usted ahora, pero luego en la escuela me lo reprochará usted... Oiga: si usted quiere, podemos hacer una cosa. Yo quisiera aprender á juzgar como usted, que no tiene en esto rival: de nadie puedo aprenderlo mejor; pues bien, cante, y yo iré apuntando las faltas mientras trabajo.

BECKMESSER.—Vaya usted apuntando con el yeso.

SACHS.—No, así no: porque no podría trabajar. Yo indicaré las faltas á martillazos.

BECKMESSER.—¡Maldición! con eso se hace tarde y la niña al fin saldrá á la ventana.

(Vuelve á tocar el laúd.)

SACHS (golpeando).—Vamos... aprisa; sino, cantaré solo.

BECKMESSER.—Basta; basta!... ¡Diablo!... qué fastidioso!... Apunte, si quiere, las faltas á martillazos, pero sin apartarse de las reglas...

SACHS.—De las reglas del zapatero que tiene mucho que hacer...

BECKMESSER.—¡Palabra de honor de un maestro!

SACHS.—¡Y zapatero!

BECKMESSER (se pone en la esquina).—Aquí me pondré!

SACHS.—¿Por qué tan lejos?

BECKMESSER.—¿Por no verte; como en la escuela de canto.

SACHS.—Entonces le oiré mal.

BECKMESSER.—Me es fácil dirigir la voz á voluntad.

SACHS.—Bien, pues; empiece usted.

(Breve preludeo; sale Magdalena á la ventana.)

WALTHER (á Eva).—¿Qué cosa tan burlesca! pareceme un sueño... como si no hubiese salido aún del tribunal...

EVA.—¿Qué fantasmas me cercan!... ¿Será una desgracia ó una dicha?... ¿En qué acabará eso?...

(Cae como aturdida sobre el pecho de Walther y se queda así.)

BECKMESSER (rascando).—«Veo aparecer el día de mi júbilo.» (Sachs da dos martillazos. Beckmesser se estremece, pero continúa:) «Pero se animará mi corazón.» (Sachs da dos martillazos. Beckmesser se vuelve sin ruido pero fuera de sí.) ¿Se chancea usted?... ¿Qué falta he cometido?

SACHS.—Sería mejor decir... «mi corazón se animará.»

BECKMESSER.—Pero entonces no habría consonante.

SACHS.—Pero hay que atender á la melodía; á mí me parece que las palabras deben ajustarse á ésta.

BECKMESSER.—Disputar yo con usted aquí!... déjelo usted, sino pronto ó tarde me las ha de pagar.

SACHS.—Vamos, continúe.

BECKMESSER.—Estoy completamente turbado.

SACHS.—Continúe, hombre: esta pausa merece ya tres martillazos.

BECKMESSER.—(Más vale no hacer caso... pero... lo peor es que me distrae á la niña). (Vuelve á tocar el laúd.) Veo aparecer el día de mi júbilo y se animará mi corazón: entonces he de aspirar á la mano de la niña. ¿Sabéis por qué será éste el día más dichoso de mi vida? A todos he de decirlo. Su bella niña un padre ofreció en premio al mejor cantor; aquí está,

venid á verla, en ella fundo mis esperanzas. Por eso hallo tan hermosa la aurora de este día. (Sachs vuelve á repetir los martillazos. Beckmesser se esfuerza en contener su rabia y en proseguir cantando con ternura, pero á cada martillazo de Sachs se agita y perturba, lo cual da á su canto un carácter cómico. Se precipita con furia hacia Sachs.) ¿Pero no ve usted que me está matando?... ¿querrá usted callarse de una vez?...

SACHS.—¿Pero hablo yo, por ventura?... No hago más que marcar los signos mientras trabajo en las suelas; después hablaremos.

BECKMESSER (mirando á la ventana, continúa tocando rápinamente).—¿Se va! ¡Dios mío!... yo debo... (Da la vuelta por la esquina amenazando á Sachs con los puños.) Yo me acordaré de ti.

SACHS (alargando el brazo).—El juez está en su puesto: continuad.

BECKMESSER.—El corazón se me salta de alegría cortejando á tan joven muchacha, pero el padre ha puesto una condición al que desee ser su yerno. Es del gremio; y ama á su hija, y tanta es su afición al arte, que sólo quiere por yerno á un maestro laureado. Quien arda por la doncella con pura llama ha de dedicarse al arte y ganar el premio.

(Fija la vista en la ventana, observa con creciente ansiedad los gestos de desdén de Magdalena, y para ahogar los continuos martillazos de Sachs, grita cuánto puede hasta echar los bofes.—En esto, Sachs se levanta del taburete y se asoma á su ventana.)

SACHS.—¿Ha terminado usted? Yo tengo ya listos los zapatos, verdaderos zapatos de juez. Oiga usted ahora mis versos, escritos en la suela á martillazos, breves y largos... Ahí leerá usted las faltas, y puede usted aprenderlo para otra vez. Lo que el escribano con su pluma, el zapatero lo marca sobre el cuero.

(Ríe.)

BECKMESSER (se habrá retirado hasta pegarse á la

pared entre las dos ventanas de la casa de Sachs, y hace los mayores esfuerzos para aturdir á éste y terminar su canto, gritando sin aliento:) Hoy quiero probar mi derecho á llamarme maestro, y haré cuánto pueda por ganar el lauro. Invoco á las nueve Musas para que inspiren mi estro; aunque no ignoro las reglas, fácil es errar cuando perturba el ánimo la esperanza y la duda de alcanzar la mano de una niña. Soltero soy, y os ofrezco cuánto poseo, mi honor, mi cargo, mi dignidad; confío en que mi canto os agrada y me elijáis.

LOS VECINOS (primero se asoman algunos y van saliendo otros en distintas ventanas mientras sigue el canto.) ¿Quién grazna pos ahí? ¿quién aúlla con tanta fuerza? ¡Por Dios, déjenos en paz, que es hora de dormir. ¡Oigan cómo rebuzna ese asno! ¿eh? ¿qué hace usted aquí? ¡Calle y váyase con la música á otra parte!

DAVID (abre también la ventana que está cerca de Beckmesser y asoma la cabeza.)—¿Quién demonio está aquí, y aquí enfrente? Es Magdalena... ¡Jesús! ¡Qué veo! Está la corteja; y por lo visto le quiere más que á mí. ¡Espera, que me las vas á pagar, condenado!

(Armado de un garrote salta por la ventana y arremete contra Beckmesser rompiéndole el laúd y le echa á la cara los pedazos.)

MAGDALENA (que hasta ahora habrá hecho señas exageradas de agrado, para alejar al juez, empieza á gritar en alta voz):—¡Justo cielo! ¡David! ¡qué desgracia!... Socorro! favor!... se matan!...

BECKMESSER (riñendo con David).—Pícaro! maldito! ¿quieres dejarme?

DAVID.—Te voy á romper las costillas.

VVECINOS (mirando desde las ventanas).—Acudid! Acudid! ¡se estrangulan!

OTROS VECINOS (saliendo á la calle).—Aquí, correr! Se pegan. ¡Hola! ¡fuera de aquí! Dejad libre el paso. Si no calláis, nosotros os haremos callar.

UN VECINO.—¿Cómo? ¿también usted? ¿qué tiene usted que ver con esto?

OTRO VECINO.—¿Qué busca usted por aquí? ¿ha sido usted ofendido por ventura?

PRIMER VECINO.—Ya sabemos quien es usted.

SEGUNDO VECINO.—Y de usted mucho más.

PRIMER VECINO.—¿Cómo? ¿qué dice?

SEGUNDO VECINO (pegándole).—Lo dicho.

MAGDALENA (desde la ventana).—¡David! Beckmesser!

APRENDICES (golpeando).—¡Por aquí! por aquí!

ALGUNOS VECINOS.—Son los zapateros...

OTROS VECINOS.—No; son los sastres.

LOS RIMEROS.—Son los borrachos!

LOS OTROS.—¡Hambrientos!

LOS VECINOS (todos en tropel y á la vez).—Mucho tiempo há que lo deseaba... ¿Tiene usted miedo? Eso, por su queja. ¡Tome usted eso! Cuidado, que pego. Su mujer le ha excitado contra mí. ¡Mire cómo llueven palos! Esto para ti, canalla! Burro! animal! grosero! bruto! anda, á ellos!

APRENDICES (al mismo tiempo que los vecinos).—Ellos han producido el alboroto. Son los cerrajeros, no, los herreros, no, los carpinteros; también hay curtidores y sangradores echándola de guapos. ¡Patán!... truenos y rayos! donde alcanza un golpe no sale más pelo... Y se pelean como valientes, ¡á palos, los canallas!

(Los aprendices y vecinos se pelean en confusión.)

LOS COMPAÑEROS (saliendo por todos lados).—Corred, compañeros! ¡hay riñas y alboroto! ¡no faltarán palos! Son los tejedores y curidores, los que se empeñan cada año en impedir el certámen; siempre usaron de malas tretas... Ahí viene el carnicero Claudio... Venir ahí los gremios; sastres con la plancha, alfareros, venir ahí ¡garrotazo y tente tieso! Hasta la mujer os dará de palos si volvéis á casa.

¡Adelante siempre, adelante! y á batiros hombre á hombre!...

LOS MAESTROS (Ciudadanos, ancianos, salen por distintas partes).—¿Qué riña, qué alboroto es éste? No suena poco el estrépito! Calma, calma, y que cada cual se vuelva á su casa! No impidan el paso por la calle! De otro modo, veréis cómo la hacemos despejar...

LAS VECINAS (desde las ventanas).—¿Qué riña! qué alboroto! qué miedo! De seguro está allí mi marido y le van á dar un palo! Vaya, calma, calma! qué pronto enís! qué furria! qué tumulto! ya vuelven! ¿estáis locos? ¡socorro! ¡socorro! ¡ay! mi marido se pelea! ¡quién puede verlo! Cristián!... Pedro!... Nicolás!... Hans!... socorro! ¡oye, Francisco! cómo se pegan! Saltan por el aire las pelucas, ¡agua, agua! para echársela á la cabeza!...

(Crecen los gritos y la reyerta.)

MAGDALENA (á la ventana retorciéndose las manos con desesperación).—¡Cielos, qué pena! qué dolor! Oye, David, oye un momento! déjale!...

POGNER (se presenta á la ventana, en ropas menores y hace retirar á Magdalena).—Por Dios, ¡Eva! cierra la ventana! Mira si ocurre algo abajo!

(Sale en seguida á la puerta de la casa. Al empezar el tumulto, Sachs ha apagado la luz y cerrado la puerta de la tienda, de modo que puede observar por un agujero lo que pasa debajo del tilo. Walther estrecha en sus brazos á Eva.)

WALTHER.—Animo! tenemos que luchar para salir de este paso.

(Se adelanta, espada en mano, hasta la mitad del escenario. Sachs, de un salto, se echa á la calle y detiene á Walther por el brazo.)

POGNER (en la escalera).—¡Magdalena! ¿dónde estás?

SACHS (empuja á Eva medio desmayada hacia la escalera).—¡A casa, señorita!... Magdalena!

(Pogner la recibe y la hace entrar. Sachs, armado del

tirapié con el cual se abre paso hasta Walther, da un latigazo á David, y empujándole con un puntapié hacia la tienda, se lleva á Walther y cierra la puerta. Beckmesser á quien Sachs ha libertado de las manos de David, desaparece entre la multitud. En el punto en que Sachs trata de escapar, suena la bocina del sereno. Los aprendices, ciudadanos y compañeros huyen en todas direcciones. Queda la escena libre por completo. Ciérranse de golpe todas las puertas y ventanas, al retirarse los vecinos. La luna alumbra la calle.)

EL SERENO (sale por la derecha; se frota los ojos; mira alrededor, asombrado; mueve la cabeza y entona con voz algo temblorosa).—Oíd, las once han dado; cuidado con los brujos y fantasmas, temed que algún maligno espíritu atente á vuestras almas. ¡Alabado sea Dios!

(Continúa su camino, tocando la bocina, hasta que desaparece.—Cae el telón.)



ACTO III

Tienda de Sachs; en el fondo la puerta de la tienda entreabierta; á la derecha la de una habitación interior; á la izquierda una ventana que da á la calle con tiestos de flores, y al lado un velador. Sachs estará sentado en un sillón junto á la ventana por la cual penetran los primeros rayos del sol. Sobre sus rodillas sostiene un gran libro en folio y se halla absorto en su lectura. David sale acechando por la puerta de la tienda y al ver que Sachs no le observa, entra con una cesta y la esconde rápidamente debajo de otra mesita que habrá en el aposento. Después de haberse asegurado otra vez de que Sachs no le ha visto, examina el contenido de la cesta con muchas precauciones y saca de ella varias flores y cintas y un salchichón y un papel, poniéndose á comer. Sachs, que no le ha observado, dobla la hoja con mucho ruido.

DAVID (asustándose esconde la comida y se vuelve). —Maestro, aquí estoy. Ya he llevado los zapatos á casa de Beckmesser: creí que me había usted llamado. (Aparte.) Finje no verme ¡será que está enfadado! (se acerca, á él poco á poco con humildad.) ¡Perdóneme usted, maestro, no hay aprendiz sin defectos! ¡si conociera usted á Magdalena como yo, me perdonaría usted, de seguro! es tan buena! tan amable! me mira con tanto amor! Cuando usted me pega, ella me acaricia de tal modo... ¡qué sonrisa tan

celestial la suya!... si tengo hambre me da de comer... en fin, en todo me demuestra su ternura. Ayer mismo, como el hidalgo había cantado tan mal no permitió que echara mano á la cesta; tanto lo sentí, que á la noche cuando encontré al fulano que cantaba y gritaba como loco ahí enfrente, le arrimé una soberbia paliza, y esto produjo muy buen efecto... pues Magdalena lo aclaró todo y me regaló para la fiesta cintas y flores. (Con inquietud creciente.) Ah, maestro... dígame usted algo ¡por Dios! (Aparte.) Si lo menos tuviese á buen recaudo el salchichón y el pastel.

SACHS (que habrá continuado su lectura, cierra de golpe el libro. David se asusta, tropieza involuntariamente y cae de rodillas delante de Sachs, el cual mira alternativamente perplejo á David y al libro hasta que se fija en la mesita.) — ¡Qué veo! flores y cintas! qué aspecto tan lucido y hermoso tienen! ¿quién trajo esto?

DAVID (admirado de la bondad de Sachs).—Maestro, como hoy es día de gran fiesta, cada cual se adorna lo mejor posible.

SACHS.—Será, tal vez, día de bodas...

DAVID.—Ojalá fueran las de David con Magdalena.

SACHS.—¿Parece que ayer hubo algazara, verdad?

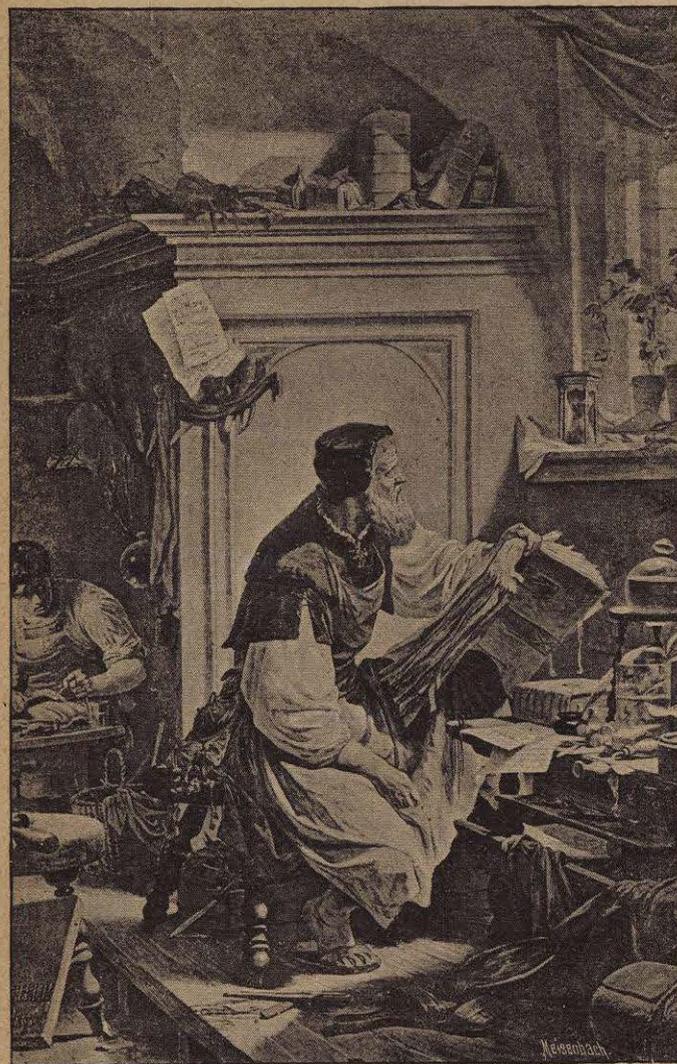
DAVID.—(Lo sabe; no me libraré del castigo.) (En voz alta.) Perdóname usted maestro; hoy es la fiesta de san Juan.

SACHS.—¿La fiesta de san Juan?

DAVID.—(Parece sordo.)

SACHS.—¿Y sabes ya tus versos? á ver, recítalos.

DAVID.—Me parece que los sé. (Vaya, no habrá palos. El maestro está de buen humor.) (En alta voz.) Estaba Bautista en el río Jordán. (Distraído, canta estas palabras sobre el mismo tema de Beckmesser en el acto precedente. Sachs hace un gesto de admiración que interrumpe el canto.) Perdóne usted, maestro, me he distraído; tengo todavía la cabeza atontada con el alboroto de anoche. (Continúa



cantando, con más acierto.) Estaba el Bautista en el río Jordán dispuesto á bautizar á todos los pueblos del mundo; fuése para allí una mujer extranjera llegada de Nuremberg con su hijito en brazos, y éste fué bautizado. Mas al volver á su país en tierra de Alemania, al que llamaron Juan á la orilla de aquel río, llamaron Hans á orillas del Pegnitz (1). (Recitado.) Animo, pues, señor maestro, que hoy es su santo y no es posible olvidar á usted. Estas flores, estas cintas, y todo, es para usted, maestro. ¡Mire usted qué pastel tan magnífico! ¿no quiere probar ese salchichón?

SACHS (sin mudar de postura é indiferente).—Muchas gracias, chico; guárdalo todo para ti; hoy me acompañarás á la pradera: ponte las flores y cintas y serás mi heraldo.

DAVID.—Más quisiera ser padrino de bodas: ¿tiene usted que casarse otra vez, maestro?

SACHS.—¿Te gustaría tener ama en casa?

DAVID.—Mucho que sí. En casa de usted habría entonces más aparato.

SACHS.—¡Quién sabe!... tantas cosas se ven...

DAVID.—Parece que ya es tiempo.

SACHS.—Entonces será un hecho pronto.

DAVID.—Como la gente habla... ¿No sería usted capaz de vencer á Beckmesser? Hoy no se mostrará tan arrogante.

SACHS.—Es posible, ya me lo figuro. Ahora vete, pero no estorbes al hidalgo: vuelve cuando estés arreglado.

DAVID (besándole la mano con emoción).—Nunca le ví como ahora, aunque siempre fué bueno. Hasta me hace perder el recuerdo de los muchos latigazos que me propinó. (Lo recoge todo y vase.)

SACHS (sigue hojeando el libro apoyado el codo y reflexionando. Después de un momento de silencio).—¡Ilusión! en todas partes ilusión! Lo mismo en la

(1) Hans, en alemán es diminutivo de Juan.

ciudad que en el resto del mundo, donde quiera que vuelvo mi escrutadora mirada, todos corren afanosos tras sus ensueños, sin hallar ni recompensa ni gratitud. Sordo al dolor de su propio corazón, arrebatado de sus falaces ilusiones, se afana el hombre y maltrata su cuerpo con estéril afán en busca de la felicidad, siempre corriendo tras su entusiasmo, sin el cual, nada se hace en la tierra. Huye y espera aún alcanzar la dicha. Rendido al fin á la fatiga, tiéndose y duerme, sólo para cobrar nuevas fuerzas con que buscar á la siguiente mañana nuevas visiones. Este mismo Nuremberg, que tanta fama tiene de tranquilo y pacífico, ocupado en trabajar acá en el centro de Alemania, se agita también de vez en cuando, como ha ocurrido esta noche. Ni uno solo hubo que interviniera en la riña, y aconsejara á la juventud fogosa para evitar desgracias... ¿Qué más?... yo mismo, un zapatero, me dejo fascinar en mi propia tienda por el fantasma de la gloria. Hombres, mujeres, compañeros, hasta niños, se embisten con furia ciega, y su locura se trueca en palos y empujones... ¡sabe Dios cuál era la causa de ello!... quizás algún duende! ¿Era el saúco?... no,... la noche de san Juan que está aquí ya. Veremos cómo va á componérselas Hans para hacer alguna que sea sonada. Como la ambición nunca nos deja en paz, hasta en el mismo Nuremberg vamos á emprender tan extraordinaria obra, que sin el entusiasmo nos sería imposible.

(Walther sale por la puerta del cuarto, se detiene un momento y mira á Sachs; éste se vuelve, cierra el libro y lo deja resbalar.)

SACHS.—Buenos días, caballero. ¿Hasta ahora ha estado usted en cama? se iría tarde á acostar y por eso ha dormido tanto.

WALTHER (muy sereno).—Sí, poco; pero bien y profundamente.

SACHS.—¿Y cómo va ese ánimo?

WALTHER.—He tenido un sueño muy hermoso.

SACHS.—¡Buen presagio!; cuente usted hable,.... hable.

WALTHER.—Casi no me atrevo á pensar en él; temo que se desvanezca.

SACHS.—Cabalmente esta es la gran misión del poeta: observar é interpretar los propios sueños; crea usted que la verdadera inspiración del hombre se manifiesta durante el sueño. Todo el arte de la poesía no es más que eso... Sin duda ha soñado usted con una fórmula mágica para salir vencedor.

WALTHER.—¿Cómo había de soñar en eso, si todavía confía usted en que ganaré!

SACHS.—¿Por ventura no sabe usted más que todos ellos para vencerlos?

WALTHER.—No se haga usted ilusiones; no hay ya esperanza.

SACHS.—Pues yo no la pierdo todavía; lo único que no espero es que pueda usted huir con Eva... porque yo les seguiré... Le ruego, pues, que olvide su resentimiento; esos maestros son honradotes en el fondo; se equivocan, les gusta que todo el mundo piense como ellos y que los aspirantes compongan la obra según su modo de ver, y que después de todo se lo agradezcan. La canción de usted les ha dado miedo, y con razón, pues quien expresa con tal verdad y tal fuego el amor y la poesía, es un temible seductor que puede realizar grandes aventuras; pero para el matrimonio se emplean ya otras palabras y otro cantar.

WALTHER (riendo).—Ahora los conozco ya; aunque no fuese sino por el ruido que metieron anoche en la calle.

SACHS (riendo).—Sí, sí, ¡bueno estuvo! ¿también lo oyó usted? Pero déjese de eso y atienda mi consejo: ¡valor! á ver si logra usted componer un canto de maestro.

WALTHER.—¿Cómo podré distinguir un canto de maestro, de un canto hermoso?

SACHS.—Amigo, en los primeros años cuando nues-

tras emociones son fuertes y poderosas y con el primer amor se ensancha el pecho, es fácil entonar un canto inspirado, pues la primavera canta por nosotros; pero llega el verano, el otoño y el invierno, y las penas y cuidados de la vida, el matrimonio, los negocios, las riñas, los sinsabores, apagan la inspiración; quien con todo eso logra cantar medianamente, bien puede llamarse maestro.

WALTHER.—Amo á una mujer, y deseo casarme con ella.

SACHS.—Pues aprenda usted con tiempo las reglas de los maestros para que le quiera á usted fielmente y no se marchiten las vivas emociones de los primeros años y del amor.

WALTHER.—Si vuestras reglas os merecen tales elogios, veamos, ¿quién fué su fundador?

SACHS.—Varios maestros muy necesitados, por cierto, y llenos de congojas: cuando les agobiaba la pena se creaban: cuando les agobiaba la pena se creaban una imagen que conservase eterno el amor de su juventud, como recuerdo claro y perenne, impregnado en los perfumes de la primavera.

WALTHER.—¿Pero cómo pueden reconocer esa imagen, si hace tanto tiempo que ésta se desvaneció para ellos?

SACHS.—Pues se renueva cuántas veces se quiere. Yo mismo, miserable como soy, voy á enseñar á usted las reglas para interpretar las propias emociones; mire, aquí hay papel, pluma y tintero; dicte usted y yo iré escribiendo lo que usted siente.

WALTHER.—No sé por dónde empezar.

SACHS.—Cuénteme usted el sueño de esta mañana.

WALTHER.—Con sus reglas y sus enseñanzas se me desvanece rodo.

SACHS.—Pues recurriendo al arte de la poesía han encontrado muchos lo perdido en ella.

WALTHER.—¡Entonces no será un sueño, sino poesía!

SACHS.—Son dos amigos que se ayudan mutuamente.

WALTHER.—¿Cómo debo empezar según las reglas?

SACHS.—Usted mismo las establece y las sigue; recuerde su bello sueño de esta mañana; Hans Sachs cuidará de lo demás.

WALTHER (se sienta y después de breve pausa principia en voz muy baja):—¡Luz de la mañana!... vientos de rosa, aire perfumado por el aroma de las flores... delicias hasta ahora ignoradas... Con todo eso me invitaba un jardín... (Se detiene.)

SACHS.—Esto es una estrofa; ahora ¡cuidado! debe seguir otra enteramente igual.

WALTHER.—¿Y por qué ha de ser enteramente igual?

SACHS.—¡Ya veo que al fin escogerá usted esposa!

WALTHER (continuando).—«En esta morada celeste crecía un árbol magnífico de olorosas ramas y frutos de oro.» (Se pára.)

SACHS.—Usted acaba siempre en el mismo tono y esto ofendería á los maestros; pero Hans Sachs, más avisado, ya sabe que en primavera las cosas han de pasar así: vamos ahora al final...

WALTHER.—¿Cómo debe terminar la canción?

SACHS.—La estrofa final es la que decide del mérito de las dos anteriores; ha de parecerse á ellas sin que sea enteramente igual, y ha de ser más rica en rimas y entonaciones; así como los hijos glorifican á sus padres, debe realzar los primeros versos.

WALTHER (continuando).—«Oíd qué grandes maravillas me han sucedido; á mi lado tenía una mujer tan hermosa y linda como no ví otra; parecía una desposada; estrechéme tiernamente en sus brazos; sus ojos me invitaban; su mano me indicó lo que yo deseaba: el fruto del árbol de la vida.»

SACHS (ocultando su emoción).—Bonito canto final... ¡Qué bien lo sabe! Sólo encuentro la melodía algo libre; no quiero decir que esto sea una falta;

pero como no es fácil de retener en la memoria, los ancianos se fastidiarán. Ahora cante usted una segunda estrofa que recuerde la primera; yo mismo no sé ya, aunque la rima es excelente, qué ha soñado usted.

WALTHER (como antes).—«Expiraba el día, rodeado de su pompa, coronado de vivos arreboles. Tendido allí, saboreando la delicia de sus miradas, surgió en mi corazón un solo impulso: el deseo. El crepúsculo de la noche oscurecía mi vista, cuando vino á alumbrarla á través del ramaje, la luz de dos lejanas estrellas; con grato murmullo caía silenciosa de una altura una fuente, y fué creciendo su rumor tan fuerte y tan suave al par, como no oí otro en mi vida. Brillante y clara era la luz de las estrellas, y en vez del fruto se veían entre las ramas del laurel otras y otras, que iban despuntando.»

SACHS (con mucha emoción y tenura). — Amigo: la imagen de su sueño decía la verdad; la segunda estrofa le ha salido á usted bien; ¿quiere usted componer una tercera que contenga la significación del sueño?

WALTHER.—¿Y cómo encontrarla? Basta de palabras...

SACHS (levantándose).—¡Qué precisión y ajuste entre la letra y el asunto! Indíqueme bien las melodías, pues facilita la versificación. Si usted la canta correctamente, con mayor facilidad he de recordar luego la imagen del sueño.

WALTHER.—¿Qué quiere decir eso?

SACHS.—Que me parece que está usted en disposición de presentarse al certamen; allí guardo yo el traje de boda de usted que me ha traído su criado... ¡A pícaro!... ya sé el nido en que sueña... Vamos, sígame á mi cuarto, que algo debemos osar y conviene acicalarnos... Si es usted de mi parecer... adelante.

(Abre la puerta á Walther y se van.)

BECKMESSER (asomándose á la tienda y viendo que

no hay nadie en el taller, se acerca. Irá ricamente vestido; pero con abatido aspecto... Cojea... se frota, se palpa el cuerpo, se encoge, se alarga, busca impaciente un sillón donde sentarse, se sienta, se levanta, se frota otra vez; frenético y desesperado va de una parte á otra; se pára; acecha la casa á través de los postigos de la ventana; gesticula furioso: se golpea la frente; por fin, da con el papel escrito por Sachs; lo coge con curiosidad y deteniéndose conmovido, exclama con furia:—¡Un canto de certámen! Y de Sachs! es verdad! ahora lo entiendo todo.

(Sorprendido por el ruido de la puerta del cuarto, oculta rápidamente el papel en el bolsillo.)

SACHS (sale endomingado, y se detiene).—¿Usted aquí, señor escribano, tan de mañana? Supongo que ahora no le darían cuidado los zapatos. ¡Vamos á ver! ¡creo que le sientan bien!...

BECKMESSER.—¡Vaya al diablo! ¡zapatos tan delgados, en mi vida los usé! me lastima la más pequeña piedra.

SACHS.—Esto se debe á que estaba yo haciendo de juez.

BECKMESSER.—¡Basta de chanzas! ¡basta de martillazos! Créame usted, amigo Sachs, ya le conozco á usted ahora. El chasco de la última noche nunca lo olvidaré. Para que no fuera obstáculo á sus pretensiones, usted promovió el alboroto...

SACHS.—Era noche de algazara... Todos hablan de la boda de usted, y de aquí el tumulto. Pero usted debe alegrarse de eso... Cuanto más ruido, mejor para el matrimonio.

BECKMESSER (con furia). — ¡Ah! ¡astuto zapatero! ¡saco de malicias! ¡cancionero ramplón! Siempre fuiste mi enemigo; pero conozco tus tretas. Para vergüenza de todos los viudos, usted corteja á la niña que se criaba para mí. El buen Sachs quiere obtener así la rica herencia del joyero con aprobación de los maestros, y con sus malas artes seducir á la